

BUENOS DÍAS

Tiempos difíciles para los ancianos



ANTONIO G. CERVIGÓN

Con cierto estupor leí la noticia que aparecía en un periódico de nuevo cuño en la mañana del pasado domingo, potenciada con grandes alardes tipográficos que invitaba a su lectura: «La crisis aboca al abandono de los ancianos en las urgencias». Y lo justificaba de esta guisa: «Las familias rechazan recogerlo para tratar de conseguir una plaza en una residencia. Los retrasos a las ayudas complican esta situación. «La periodista Cristina Herrera explicaba en el texto que un anciano puede ser ingresando en unas cama de urgencias de cualquier hospital sin ningún tipo de complicación grave. En ocasiones, aclara la colega, una simple tos, una mala caída o algunas décimas de fiebre bastan para que los familiares se dirijan al centro sanitario con el abuel. Y explica que el problema llega cuando la sala de espera de los centros terminan siendo su residencia habitual.

Ahora, cuando hemos recordado las fatigas del gran José Luis López Vázquez en el interior de una cabina telefónica que taponaba su libertad cerrada a cal y canto, me viene a la memoria aquel anciano norteamericano abandonado a su suerte en una habitáculo de la compañía telefónica norteamericana al que encontraron recostado en la sudicha cabina portando un llamativo cartel prendido de la solapa de su roída chaqueta, en el que se leía este piadoso reclamo: «Que alguien de buen corazón me recoja y se ocupe de mí con cariño. No tengo bienes». La familia, por lo que manifestaba la súplica, tenía buen corazón, pero no contaba con dinero para darle una existencia digna.

También en nuestros días se extiende la palabra crisis por doquier y se enquista en cualquier segmento de la sociedad, ya sean organismos institucionales y hace presa en las personas menos favorecidos de nuestro entorno. No estamos siendo coherentes con nuestra realidad existencial. Nuestra sociedad egoísta y hedonista a la vez, corta en jirones la edad biológica para colocarla en primera, segunda y tercera división en la Liga de la vida que, con la decrepitud de la personas, llega por lo visto hasta el abandono familiar sin que se nos caiga la cara de vergüenza.

Hemos llegado a los umbrales de las tribus salvajes en las que había una conciencia colectiva de que la comunidad debía subsistir aun a costa de los viejos inservibles, y éstos que se sabían una carga para su prole, se retiraban del territorio para recostarse en cualquier viejo tronco de frondosa copa, para entregarse a una resignada inmolación que era bien vista por el resto del clan. En la Vieja Europa, ahora que se cumplen los veinte años de la caída del muro de Berlín, el muro de la vergüenza, emergen otros muros en la convivencia de los ciudadanos arrastrados por la pérdida de valores, en una sociedad preocupada de manera preferente por los factores productivos que nos precipita a otra crisis peor que la económica. Europa se deshumaniza y pierde el pulso de aquellas virtudes que la encumbraron al regazo de una civilización noble y consistente que, día tras día, pierde sus señas de identidad a ritmo acelerado.

Hasta ahora ha sido posible envejecer y morir en medio de aquellos con quienes se ha crecido y combatido y lo veíamos como un destino dichoso. Todavía es tiempo para la esperanza... Se levantan voces que proclaman que estamos asistiendo a la última generación de hijos que cuidan con mimo a sus progenitores. Existe, hay mil ejemplos, una corriente de inhumanidad sentimental como causa principal de tanta desventura. El relativismo ha metido sus hocicos hasta la nobleza de los lazos íntimos que traba la sangre y está irrumpiendo en nuestra sociedad con fuerza. Una pena.

La Tribuna

Editor:
Antonio Méndez Pozo

Director:
Óscar Gálvez Maté
Director Editorial Regional:
Guillermo Alonso Balbás

Redactora Jefe Puertollano: Paqui Casado.
Jefes de sección: David Aso (Provincia), Eduardo Gómez (Deportes)
Redacción: Manuel L. Camarera, Pilar Muñoz, Diego Farto, María Sierra de la Osa, Ana Pobes, Manuela Lillo, Nieves Sánchez, Marcos B. Hernández, Roberto Chávarri, Manuel Espadas, Patricia Velasco, Raquel Santamarta, Remigio Rueda, Tomás Fernández, Carlos Sendarrubias, María Jesús Cañizares Rodríguez, Lorena García Cabrera y Patricia Vera.
Publicidad y Administración: Vicente Culebra, Carlos Pinilla, Purificación Merino, Tomás García, David Rebato, Ramón Pardilla, María A. Arias, Javier Mohino, Sonia Cerrillo, Encarnación Rubio.
Región: Carolina Sánchez (Redactora jefe), Rosa Marcos, Luis J. Gómez, Soraya Lucas y Verónica Ribero

Gerencias:
Administración: Carmina Camacho. Comercial: César Carretero



Director: Óscar del Hoyo. Redacción: Miguel Díaz (jefe de sección), Norberto Val y Daniel Huerta (España), Sofía Esteban (Mundo), Javier Faya y José Luis Charcón (Sociedad y Cultura), Cristina Ruiz, Diego Izco y Antonio Sánchez (Deportes), Adriana Rodríguez (Documentación), Esther Molinero (Televisión), Mónica Puras y Miguel Herrera (Suplementos), Daniel Angulo (Tiempo), Esther Matias y Diego González (Diseño), Marta Ruiz, María Albilla, Xabi Moya y Gloria Cavia (Fines de semana).



Consejero Delegado: Gregorio Méndez Ordóñez
Direcciones Generales: Javier Gutiérrez, Miguel A. Arnáiz, Rafael Monje y Lorenzo Matías
Subdirección General: José M. Sáenz de Cabezón
Directores Departamento: Luis Santos, Alvaro Miguel, Daniel Méndez, Javier Santamarina, Eduardo Bonilla, Jorge Losada, David Andrés y Mercedes Lázaro

Más que la reunificación de Alemania

Los 120 kilómetros del muro de la vergüenza cayeron en Alemania hace 20 años. Ahora llegan las fastos de una de las fechas más emblemáticas de la historia contemporánea, ya que el 9 de noviembre de 1989 la caída del Muro de Berlín fue un paso adelante para acabar con la Guerra Fría, aquella que había dividido al mundo en dos desde finales de 1949, en la que o bien se estaba del lado de los Estados Unidos capitalistas o de la URSS comunista. No había otra. Por eso no extraña que esa imposición del Estado de partir a la sociedad civil

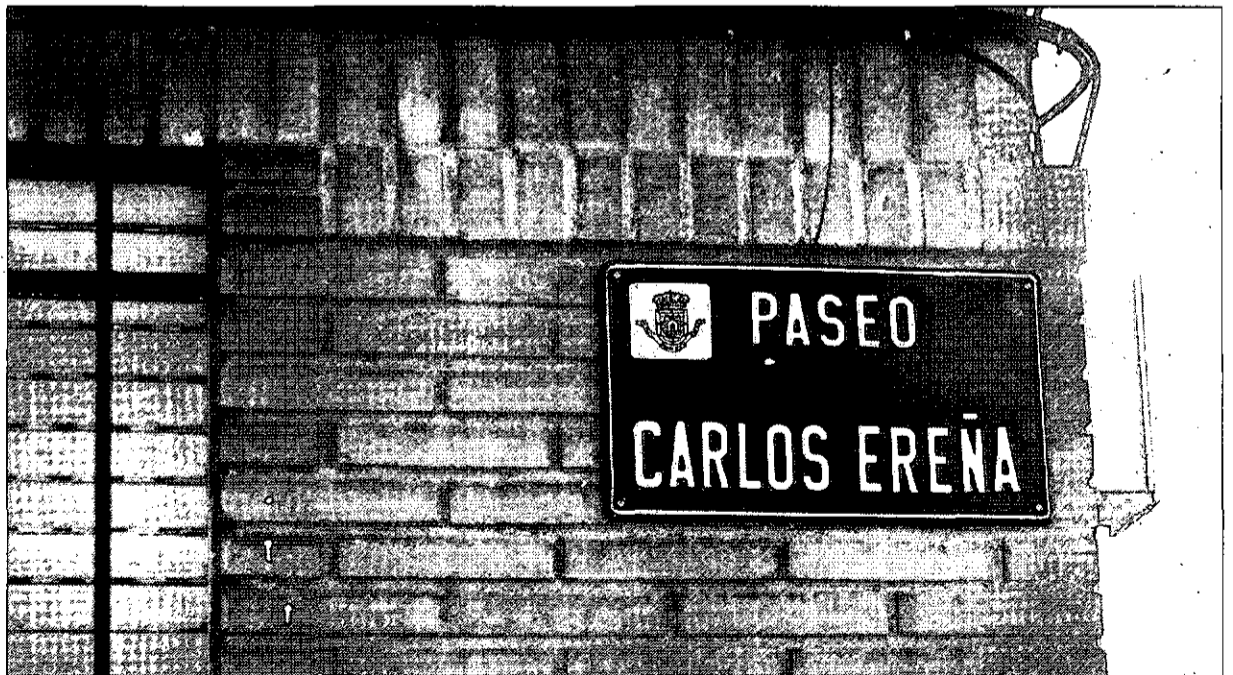
en dos en 1961 se celebrara con tanto júbilo en 1989, cuando piedra a piedra se fue destruyendo con los martillos empuñados por la sociedad civil, ya que después de tantos años hermanos de una misma familia podían reencontrarse.

Todo ello quedó reflejado en un mismo país, Alemania, el motor de Europa, que había sufrido la implacable derrota de las dos Guerras Mundiales, y que se había dividido, por un lado la RDA comunista, aquella que acabó con cartas de racionamiento, pasando hambre y sufriendo los avatares de una guerra que dividía al mundo en dos polos, pero que, como siempre, fueron los ciudadanos los que acabaron sufriendo el sinsentido de una bipolarización exagerada. La RDA denominaba al Muro, y a las fronteras que la separaban de la RFA, de «protección antifascista» que protegían a la RDA contra la inmigración, el espionaje, el sabotaje, el contrabando, las ventas y la agresión de los occidentales. En el otro bando, en la RFA, no era raro ver la sobreabundancia, el oro y la riqueza a manos llenas.

La suerte y el progreso, o la pobreza y la tristeza para millones de personas dependía sólo de apoyar a una u otra idea política, aunque menos mal que hubo políticos con altura de miras como el alcalde Willy Brandt, premio Nobel de la Paz en 1971, que hicieron todo lo que estuvo en su mano para intentar crear un clima de concordia y acercamiento entre las dos alemanías.

Con la perspectiva que dan los años, se ha comprobado que los muros de la infamia desembocan en el túnel de la sinrazón. Ésa es la gran enseñanza que se aprende del caso alemán, así como que la clase política debe intentar abrir a sus países al exterior para ser competitivos en un mundo global con el conocimiento como verdadera herramienta, y no con muros que maten la ilusión de los pueblos. Tampoco tienen sentido esas alambradas de la vergüenza que hay levantadas en otros países como en Estados Unidos para maltratar a sus vecinos mexicanos, o los que erigió Israel para acallar las voces de los palestinos. Los muros engendran odio y por eso la sociedad alemana, después del fatídico siglo XX que padeció, se ha reinventado a sí misma y ahora tiene la fuerza de poder mirar al futuro con ilusión.

ZOOM



Carlos ¿Ereña?

A Carlos le han cambiado el apellido, pero no su pasado. Eraña, como es en realidad, nació en Aozaraza-Arechavaleta (Guipúzcoa) aunque dedicó su vida a la educación cristiana de los niños en varios lugares. Ejerció de director en los Marianistas de Ciudad Real, Tetuán (Maruecos) y Madrid. Encarcelado, fue fusilado en Alarcos el 18 de septiembre de 1936 por su condición de educador religioso. Ahora sólo queda que le reconozcan el apellido como Dios manda, en la placa del Paseo en su memoria en la capital. La Tribuna

El mejor equipo comercial a tu disposición en La Tribuna de Ciudad Real
De lunes a viernes 9:14 h. / 16:30 - 19 h.
Informate: 926 21 53 01